

E N S A Y O

LAS CONTRADICCIONES EN EL TRABAJO SOCIAL: UNA CRÍTICA AL EJERCICIO PROFESIONAL

Por: **Carlos Andrés Zapata Calle***

Marcel Andrés Hernández García**

*Estudiante de 7mo semestre de Trabajo Social, Universidad de Cartagena. Miembro del semillero de investigación de políticas públicas de infancia y adolescencia. Carlos-zapata93@hotmail.com

**Estudiante de 6to semestre de Trabajo Social, Universidad de Cartagena. Mhernandez3@unicartagena.edu.co

“Nunca debemos sentirnos satisfechos con nuestros éxitos. Debemos refrenar la autosatisfacción y criticar constantemente nuestros defectos al igual que nos lavamos la cara y barremos el suelo diariamente para quitar el polvo y mantenerlos limpios”.

Mao Sedan (1893-1976) Máximo dirigente de la República de China.

Hablar de trabajo social podría convertirse en una de las hazañas más difíciles de cumplir, pues, verdaderamente es una disciplina compleja, diversa y llena de matices. Es que para hablar de trabajo social, debemos hablar de realidades, de contextos, de sujetos, de problemáticas, de perspectivas, de conceptos; en fin, son tantos y tantos temas que componen nuestra profesión, que fácilmente llenamos páginas completas intentando explicar alguno de estos tópicos.

Pero si trabajo social es una profesión tan amplia, podríamos suponer que tiene un gran papel dentro de la sociedad, que el accionar de cada uno de sus profesionales es determinante en las dinámicas suscitadas al interior de cada comunidad -debería ser así-. Pero la realidad dice todo lo contrario. Podemos escoger una tarde y salir a la calle para preguntarle a ciudadanos y ciudadanas de a pie qué creen ellos y ellas que es trabajo social, ¿Cuál será su respuesta? Sencillamente algunos responderán que no tienen ni idea, otros que es algo así como ayudar, que es una profesión que estudian las mujeres, e incluso hasta podrían responder que es el arte de entregar mercados y hacer encuestas. Una carrera compuesta de tan riquísimos elementos tiene tan pobre visión en el seno social... ¡que irónico! Pues, se supone que trabajo social se enfoca en las realidades sociales, en los sujetos y estos mismos sujetos son los que no validan de ninguna manera lo que la carrera hace. ¿Por qué ocurrirá esto? A otras profesiones no les pasa: no sucede con derecho, con medicina, ni incluso con psicología, pero sí con trabajo social.

Este asunto nos ha cuestionado desde el primer momento que iniciamos a estudiar esta carrera, la cual amamos y disfrutamos. Pero nos inquieta profundamente que muchos colegas que pasaron por las mismas aulas en las que damos clase, que escucharon el discurso de empoderamiento, de exigencia de derechos, de transformación social, y que hoy día, cuando se encuentran ejerciendo la profesión, se enfrentan con una realidad que no tiene nada que ver con lo visto en los salones, y tal es el choque y la decepción, que muchos de ellos preferirían no haber tomado el camino de trabajo social.

Al cuestionarnos por algo, nos empeñamos por analizarlo, y por supuesto que nuestra profesión no iba a ser la excepción, por ello en las clases estamos atentos de cada palabra que los docentes nos exponen. Buscamos la oportunidad para compartir ideas con compañeros de otros semestres y en la medida de las posibilidades, se entablan tertulias con chicos y chicas que se encuentran en prácticas o que ya están en el campo laboral; todo con el fin de entender qué es lo que sucede al interior de trabajo social.

Por lo consiguiente, podemos decir que la gran mayoría de las personas que inician en trabajo social, simplemente no habían contemplado esta carrera como una posibilidad en su vida; es decir, llegaron aquí por accidente, porque querían psicología, porque era la única manera de pasar en la universidad pública, porque le estaban huyendo a las matemáticas, entre muchas otras razones. Entonces, ¿qué se puede esperar de una carrera, en la que sus profesionales ingresan por el desconocimiento o por imposición de las circunstancias? Es obvio que una vez que salen de la universidad se sienten frustrados y no ejercen el trabajo social con el amor, compromiso y determinación que se requiere, reproduciendo muchos de los estereotipos que estigmatizan la profesión.

Trabajo social, una profesión ecléctica

Por otro lado, trabajo social cuenta con un elemento que en muchos casos las y los estudiantes no lo tienen tan claro, y es el hecho que la carrera es una profesión ecléctica. Algunos ni siquiera saben el significado de esta expresión, otros no tienen ni idea que tiene que ver esto con trabajo social. Como sabemos, trabajo social se nutre de todas las ciencias y disciplinas de las ciencias sociales, para contar con una visión holística de las realidades. Esto le permite efectuar lecturas aterrizadas a los contextos y así dar respuestas que realmente se orienten a la transformación de las problemáticas que se desarrollan en el seno de los grupos y poblaciones. Es por esta razón que

decimos que trabajo social es ecléctico, porque la transdisciplinariedad y la multidisciplinariedad hacen parte de su fundamento epistemológico. El problema de este asunto, es que para entender lo que antes señalamos, es necesario transitar por varios semestres, estrellarse una y otra vez con los docentes para no emitir conceptos inadecuados de la profesión, y vivir un mar de confusiones por no saber para qué sirve lo que se está estudiando. Dentro del pensum de trabajo social, se encuentran asignaturas como: sociología, antropología, economía, pedagogía, entre muchas más; el estudiante cuando se enfrenta a esta variedad de conocimiento, en un principio no entiende que los aprendizajes que adquiere en estos cursos le serán fundamentales en su vida laboral, puesto que como lo plantea Edgar Morin (1994), las realidades son complejas y es en las realidades en que se desenvuelve el profesional de trabajo social. Por lo tanto, es importante contar con los conocimientos necesarios para hacer un abordaje profesional a las situaciones o problemáticas con las que se está trabajando. Si esto se le dijera al estudiante de primer semestre, se le ahorrarían noches enteras de sufrimiento y esto podría contribuir a que los estudiantes se comprometan con su proceso académico, puesto que desde el primer momento comprenderán la ruta que están siguiendo y el sentido de cada elemento que están asumiendo en la academia.

Dilemas y contradicciones en el Trabajo Social

Una de las disputas más álgidas a las que nos enfrentamos como estudiantes, es el asunto sobre qué método o perspectiva es mejor para acercarnos a una realidad –el famoso dilema de los métodos–. Muchos se ubican desde una visión cuantitativa de la realidad: afirman que la única verdad es aquella que se puede “palpar y verificar”, de lo contrario lo que se haga es considerado como meras opiniones que no están sustentadas científicamente, y por ello no se pueden tomar en cuenta como estudios que le aporten al conocimiento. Otros por su parte, satanizan todo lo relacionado con el positivismo, pues sostienen que este paradigma es tradicional y que no tienen en cuenta las particularidades de los individuos, sino que los *mete a todos en un mismo saco*, perdiendo de vista elementos fundamentales que pueden ser determinantes a la hora de hacer investigación o de intentar responder a una problemática. La propuesta en este sentido es el enfoque cualitativo y sus diversos métodos como la etnografía, la investigación acción participativa, el interaccionismo simbólico entre muchos otros. Todos intentan rescatar los detalles y ubican a las y los sujetos en una posición de iguales en donde todos, tanto profesional como población estudiada, pueden aportar conocimiento que ayude a aproximaciones más cercanas a la realidad. Estas dos maneras de entender

la ciencia han estado paralelas, o en muchos casos enfrentadas, intentando mostrar cuál es la más adecuada para trabajar en ciencias sociales. Es una discusión interminable, que a nuestro modo de ver, impide una integralidad a la hora de producir conocimiento, pues, sea que se mire desde lo cuantitativo o lo cualitativo, ambas formas por si solas se ven permeadas por sesgos, que se sustentan en tontos egos ideológicos.

A propósito de esto, Bonilla y Rodríguez intentan superar esta pugna en su libro *Más allá del dilema de los métodos* (1997), y en su introducción nos proponen algo muy interesante:

“El debate sobre el método más apropiado para estudiar la realidad social ha ocupado la atención de diversos pensadores e investigadores y ha devenido en una permanente inquietud en el desarrollo de las ciencias sociales desde sus mismos inicios. En los últimos diez años, y ante las restricciones evidentes y las crisis derivadas de un abordaje que da prioridad a lo mensurable ‘por sobre todos los hechos’; la aproximación cualitativa rigurosa es cada vez más demandada y cuenta con crecientes adeptos, incluso en instancias de ‘cuantificadores puros’. Estos pasos son tímidos todavía y se dan insistiendo en una visión un tanto peyorativa de la realidad subjetiva. Los evidentes vacíos de conocimiento, que han llevado, por un lado, a conclusiones científicas cuestionadas por las tendencias empíricas reales y, por otro, a la proyección y planeación de futuros inciertos y perversos para nuestras sociedades, están terminando por imponer la búsqueda de nuevos caminos. Aunque dichos caminos se nutren de las corrientes convencionales, sus restricciones pueden ser controladas y posiblemente superadas con otras propuestas, si se reconoce explícitamente que la realidad es objetiva-subjetiva y por lo tanto, los métodos de conocimiento deben ser suficientemente sensibles para captarla de manera total y no arbitrariamente escindida entre lo cuantificable y lo no cuantificable”. (p. 34-35)

Aquí la autora presenta el histórico debate en las ciencias sociales entre lo cuantitativo y lo cualitativo, y sostiene que se deben encontrar nuevas formas que nos permitan conocer la realidad de una manera mucho más holística. No podemos continuar fragmentando el conocimiento cuando este tiene aristas subjetivas y objetivas; la única manera de producir verdaderos saberes, es en la integralidad a la hora de abordar estas realidades. Entonces, esa discusión que a veces se vuelve demagógica y hasta sirve para sustentar

la prepotencia intelectual de muchos profesionales, queda relegada al espacio del olvido para poder encontrar formas innovadoras que nos aproximen a los contextos estudiados.

Otra de las discusiones más relevantes, y que a los ojos de muchos puede parecer tan simple, es cómo se denomina nuestra acción profesional. A diferencia de otras profesiones, en la nuestra es foco de controversia: ¿intervenimos o no? Es la pregunta que muchos, a pesar de estar culminando su proceso académico aún se hacen, y lo peor es que hay colegas que ya están ejerciendo como trabajadores sociales, que no tiene claro cómo se podría llamar lo que ellos y ellas están desarrollando en sus campos laborales. La posibilidad de llegar a acuerdos en relación a este tópico es fundamental, pues, como lo anotamos antes, trabajo social carece de un posicionamiento dentro de la sociedad. Tal status es necesario, entendiendo por un lado la importancia que tiene esta profesión en el abordaje de las realidades modernas, y por otro lado, la resistencia que existe de ciertos dirigentes de organizaciones o empresas de contratar trabajadores sociales, por el hecho que consideran que estos profesionales no hacen nada y que en vez de generar productividad lo que harán es acarrear gastos. Pero, cómo no queremos que esta situación se dé, si al interior de la propia carrera no se ha podido definir su deber ser; y aún peor, no podemos darle un nombre a nuestra labor profesional. La anterior afirmación, es respaldada por Silvia Galeana y Nelia Tello (2010) cuando afirman,

En la literatura de Trabajo Social, la intervención social se ha definido dependiendo de la posición epistemológica y teórica que se adopte; así la ausencia y poca claridad en sus procesos de construcción de conocimiento, la debilidad de sus estructuras y soportes teóricos y el constante cuestionamiento respecto de su práctica (presencia del fantasma del empirismo, su utilidad, consistencia y cobertura de objetivos, coherencia en las estructura operativas de sus abordajes) provoca que estas diferencias en sus definiciones limiten producir una base de conocimiento sólida en torno a la intervención de Trabajo Social desde su muy particular perspectiva, que le permita aportar marcos explicativos y formas de actuación en las diversas manifestaciones y expresiones de la problemática que le plantea lo social. (p. 1)

Aquí es evidente, que estas discusiones sin fin que vemos en la aulas de clase, no aportan al desarrollo de la profesión, sino todo lo contrario, sirven

únicamente para generar ambigüedades e impedir que trabajo social avance en su objetivo de generar nuevas maneras de entender y abordar lo social. Con esto no estamos sosteniendo que las reflexiones teóricas entorno al trabajo social no sean válidas, solo que tenemos que superar estos dilemas, y consensuar posiciones que nos permitan fortalecernos como profesión.

Entre las palabras y las acciones

Continuando con este apasionante viaje por las distintas aristas del trabajo social, queremos referirnos ahora al discurso que como profesionales empleamos en nuestra carrera. En conversaciones con una profesora del programa, le manifestábamos nuestra preocupación sobre el tema de la deficiencia que tienen los y las estudiantes en la expresión oral. Ella nos respondió afirmando que las y los trabajadores sociales nos ganamos la vida hablando y escribiendo. Aquí podemos notar lo importante que es la palabra para nosotros. Se constituye la herramienta con la cual contamos para llevar a cabo nuestra labor. Lo que nos interesa anotar en este punto, es que en muchos casos hemos podido ver una incongruencia en muchos de mis compañeros y docentes: uno les escucha disertar en el aula de clase y manejan tan bien temas como el de empoderamiento, la justicia, la igualdad; y sencillamente es fascinante. Se sale del aula como con ganas de comerse el mundo, de salir a las calles y protestar, o de contarle a todos los que te encuentras en el camino lo que acabaste de aprender. Pero una vez tu comienzas a observar con detenimiento la vida y la cotidianidad de la persona que ha hablado, y te puedes comenzar a cuestionar si verdaderamente eso que ha dicho está pasando por su ser o si simplemente son palabras ornamentarias que embellecen una clase o que sirven para obtener una nota. Lo que hemos descrito antes lo denominamos **hipocresía intelectual**. Personas cargadas de ideologías fantásticas pero que a la hora de materializarlas pareciese que existiera una gran barrera entre el *decir* y el *hacer*. Son estos los colegas que mientras estaban en la academia, hablaban de forma elocuente, “con fundamento teórico, epistemológico, metodológico” etc. Pero una vez sale al campo de trabajo, todo el recorrido académico se echa a un lado, como si estuviese sufriendo de amnesia intelectual; y ya no habla de empoderamiento, ni de género, ni de nada, sino que se encarga de perpetuar el papel que de manera equívoca trabajo social a desempeñado por mucho tiempo en la sociedad. En el trabajo social y en la vida misma se debe ser coherente. Las filosofías e ideas, no pueden estar de manera separada de la práctica, sino por el contrario, estas dos caras deben estar unidas y formar un todo sólido y compacto.

Esto nos da credenciales a la hora de hacer gestión y ejercer nuestra profesión. Nos permite tener una imagen transparente ante los que están a nuestro alrededor y nos brinda cierta autoridad ética para cuestionar y criticar procesos mal llevados y alejados del deber ser de nuestra profesión. Si esto no sucede, simplemente el discurso se convierte en afirmaciones huecas, carentes de sentido y profundidad.

La imagen como herramienta de comunicación efectiva

Se pretende abordar en este punto del texto, una discusión que probablemente podría superar las descritas anteriormente, pues esta toca una fibra demasiado sensible para muchos y estamos seguros que encontraremos diversos detractores al exponer esto. Pero como el conocimiento se trata de intercambiar posiciones y posturas, aquí plasmamos lo que pensamos. Veíamos en una asignatura que cuando comenzamos a interactuar con las personas existen ciertas dimensiones que influyen a la hora de transmitir un mensaje; en primer lugar tenemos la voz. Para comunicar es indispensable contar con una voz clara, fuerte y potente que le imprima credibilidad a lo que se está diciendo. Los expertos en estos asuntos sostienen que las voces graves cuentan con una gran ventaja frente a las voces agudas en el momento de comunicar. Además, la voz debe contar con el ritmo y la tonalidad adecuada para que la comunicación sea efectiva. El otro aspecto a considerar son los gestos corporales: la mirada, la manera de caminar, la forma del movimiento de las manos, entre otros gestos; son fundamentales a la hora de comunicar, puesto que dan fuerza a lo que se está diciendo y se convierten en apoyos que complementan la información que se está dando.

El otro ingrediente de esta gran receta interaccional es la imagen, y aquí sí es necesario detenerse un poco. Muchos expertos sostienen que para comunicar, la imagen se constituye en el mayor elemento a tener en cuenta si se busca comunicar de manera exitosa. Cuando nos presentamos ante un grupo de personas, lo primero con lo que ellas se topan es con nuestra imagen, y se puede emitir juicios en relación al contenido del discurso por la manera en que el emisor se está mostrando al público. Un buen peinado, una vestimenta adecuada, podrían ser aspectos determinantes que marquen la manera como las personas están percibiendo nuestro mensaje. Es el impacto visual el primer contacto que tienen las personas con el profesional, no es con su voz ni mucho menos con la información que este viene a dar: es con su imagen. Por lo que es importante y no se puede dar el lujo de considerar este elemento como algo insignificante.

Al hacernos la pregunta, ¿con qué laboramos los trabajadores sociales? creo que la respuesta es simple. El campo de acción de las y los trabajadores sociales, es en la sociedad, por lo tanto, la interacción con las personas se convierte en el pan de cada día para los profesionales de lo social. Si la imagen es el factor que las personas privilegian para dar validez a la información, la pregunta es si debemos o no prestar atención a la imagen personal en el momento de ejercer nuestra profesión. Pero ¿qué es lo que observamos cuando nos damos un paseíto por las unidades académicas de trabajo social? El impacto es grande, y en muchos pasillos se pueden escuchar comentarios de que las y los trabajadores sociales son los peores vestidos de la universidad. Las excusas y hasta argumentos teóricos son infinitos: que la libre expresión, que el sistema capitalista, que este es un mundo materialista y de apariencias, en fin. Todo justifica que las compañeras asistan a clases en chores y chanclas y los compañeros en pantalonetas rotas y camisilla. ¡Ojo! No se trata de que la universidad o el espacio laboral se deben convertir en una pasarela, tampoco que se deben utilizar vestuarios ostentosos para poder tener status profesional, inada de eso! El asunto es que, al interior de la carrera se han utilizado argumentos vanos para justificar el descuido de la imagen en el momento de presentarse ante la sociedad, la cual es la que valida nuestro trabajo, y nos señala como personas insignificantes por el hecho de vestir de una manera desprevenida en espacios que demandan otras características. Reiteramos que no apoyamos el materialismo. De hecho estamos totalmente en contra de la superficialidad que se promueve en los medios de comunicación y que se refleja hasta en los cánones que nos imponen a la hora de vestir. Pero, el hecho de estar en contra de un sistema materialista, no es argumento para asumir nuestros espacios laborales como nuestro dormitorio o el patio de nuestra casa. Son espacios diferentes y creo que las personas a las que nosotros acompañamos merecen respeto, que se evidencie en la forma en que nos proyectamos a ellos.

Una profesora nos colocaba un ejemplo en una de sus clases. Ella comentaba: La manera en que nos vestimos denota la importancia que le damos a los espacios que asistimos. Cuando te invitan a una fiesta, un matrimonio o un grado, te preocupas por ir bien, lucir espléndido o espléndida y contar con una imagen excepcional, ¿por qué? Porque ese espacio para ti es importante, tiene un valor especial. Entonces, ¿por qué de la misma manera no lo hacemos con nuestros estudios? Se supone que esto se constituye en tu proyecto de vida y por lo tanto debe tener una importancia trascendental en tu vida, y si es así, ¿por qué a la universidad venimos como sea? Esta

reflexión nos muestra cómo la manera de vestir proyecta el interés que le damos a lo que hacemos diariamente. Pero reiteramos: no nos referimos a marcas costosas, ni a la farándula, simplemente es una imagen que nos profile como profesionales y que logre establecer un lazo entre la comunidad y nosotros como trabajadores sociales.

Conclusión

Para finalizar, queremos decir que amamos al trabajo social. Que siempre agradecemos a Dios por la oportunidad de estudiar una carrera tan completa, que nos permite introducirnos en la realidad de nuestro entorno y nos convierte en parte del cambio en las situaciones problemáticas que se viven a diario. Disfrutamos el trabajo social, leer, interactuar con las y los actores sociales; y con estas emociones que nos genera nuestra profesión, observamos con detalle lo que se vive en el seno de ésta, y con profundo respeto y aprecio hacemos críticas a asuntos que, a nuestro modo de ver, consideramos que pueden ser fortalecidos en trabajo social. Para perfilarnos como una profesión que impacta en la sociedad, y presentarle a las comunidades una carrera que no llena encuestas, que no regala mercados, ni mucho menos se encarga de rebajar la tarifa en un hospital. Sino por el contrario, una carrera que genere cambio, transformación, que está del lado de las y los sujetos sociales; que en su accionar acoge los derechos humanos (equidad, justicia, y desarrollo) y que es capaz por sus elementos teóricos y epistemológicos de generar empatía con las realidades sociales. Por ser capaz de introducirse en las dinámicas diarias del contexto, haciendo lecturas apropiadas que se conviertan en estrategias que dan respuesta a las problemáticas más fuertes. Si. Esto es trabajo social, una herramienta poderosa en las manos de la sociedad, y por esto debe transformarse ella misma dándose su importancia y su valor, formando una identidad fuerte con clara proyección social y comunitaria.

BIBLIOGRAFÍA

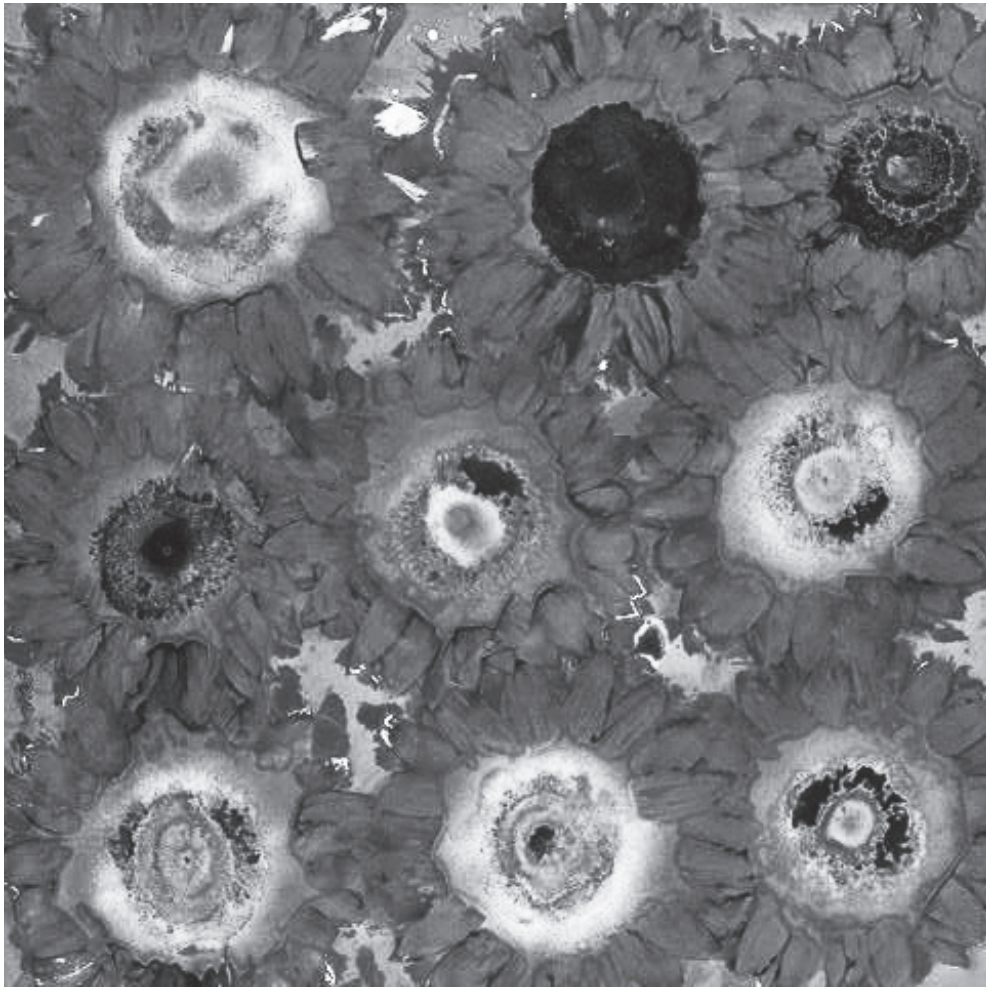
Bonilla, E. & Rodríguez, P. (1997). *Más allá del dilema de los métodos: la investigación en las ciencias sociales*. (3ª ed.) Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Galeana, S. & Tello, N. (Diciembre, 2010). Fragilidad y debilidad del discurso en Trabajo Social: Ausencia de la construcción desde la intervención social. *Revista de Trabajo Social UNAM VI ÉPOCA, (01)*, 22-35. Recuperado de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/download/23879/22458>

Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Palobra

P A L A B R A Q U E O B R A



Girasoles. 2013.
Impresión fotográfica sobre papel emulsionado.